

080. Un Modelo que copiar

Había entrado en el convento una muchacha francesa muy buena. Con ingenuidad encantadora, le pregunta a su Maestra:

- *Madre, ¿qué tengo que hacer para ser santa?*

Y recibió esta contestación:

- *Ponga usted su alma ante Nuestro Señor Jesucristo como un lienzo sin pintar, y pídale que se digne pintar en ella su propia imagen, rasgo por rasgo.*

No estaba mal el consejo, ni tampoco la comparación, muy bella por cierto. Hacía poco más o menos un siglo, otra muchacha italiana había escuchado las mismas palabras:

- *Vaya usted copiando, rasgo por rasgo, todo lo que vea en Jesucristo.*

Las dos muchachas están hoy en los altares, dos Santas bien conocidas: Margarita María de Alacoque y Magdalena de Pazzis.

Nos encontramos aquí con algo que no se inventaron dos maestras en un convento, sino que topamos con el mismo San Pablo, el cual nos escribe, como Palabra del mismo Dios, lo que Dios quiere de nosotros, cuando nos dice: “*A los que Él escogió para la salvación, los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo*” (Romanos 8,29)

Pablo, que sabía esto muy bien, pide repetidamente en sus cartas: “*Sean imitadores míos, como yo lo soy de Cristo*” (1Corintios 4,16; 11,1). En la Iglesia no hay más que un Modelo, Jesucristo, con el cual se configuran lo mismo Pablo el apóstol que una trabajadora doméstica.

Y esto, ¿por qué? Pues, muy sencillo: porque Dios no tiene más que un molde, que es Cristo Jesús. Hay que vaciarse en él, para salir en todo igual que el modelo Jesucristo, el cual, a su vez, es la imagen del Dios invisible, el que nos manifiesta toda la santidad y la belleza de Dios.

Jesús es la belleza y la perfección de Dios vivida por el hombre. Cuando miramos a Jesús, entendemos el ideal de perfección que Él mismo nos traza, al decirnos: “*Sed perfectos, como es perfecto vuestro Padre celestial*” (Mt. 5,48)

Podríamos decir, hablando a nuestra manera, que Jesús nos pide un imposible, pues ni hemos visto a Dios ni podemos saber cómo es. Entonces, ¿cómo lo vamos a imitar, sin haberlo visto nunca?

Sin embargo, nos basta mirar a Jesús, para saber cómo es el Padre y cómo nos quiere el Padre. El Padre es como Jesús, y, siendo nosotros como Jesús, salimos también con la perfección y la belleza celestial nuestro Padre Dios.

Así, habiendo visto y contemplado a Jesús, no podemos decir que no hemos visto a Dios. El apóstol Felipe, que se hacía un enredo con las palabras de Jesús, le pide con ruda franqueza:

- *Mira, Señor, déjate de tantas palabras que no entendemos. Muéstranos al Padre de una vez, y tenemos bastante.*

Jesús sonrío, casi compasivo:

- *Pero, Felipe, ¿aún no habéis entendido que quien me ve a mí ha visto al Padre?...* (Juan 14,8)

Entonces, imitar a Jesús se convierte en una aventura formidable. Hoy tenemos siempre en nuestros labios esa expresión: *la realización de la persona*. Decir “Me realizo” con esto o con aquello, es algo que nos llena de orgullo el alma. Y hay quien se

realiza con la pintura, o con las matemáticas, o con la aguja de bordar, o con el balón en el estadio...

Pero semejantes actividades son aspectos muy insignificantes de la realización de la persona. La realización plena, total, solamente la consigue quien llega a la perfección como hombre o como mujer. Y esto se da únicamente en quien plasma en sí el ideal que Dios se trazó sobre su vida. Ideal que, al final, irá a parar en Jesucristo. Así lo expresaba el Papa Pablo VI:

- *“El cristiano que lo es de verdad —porque es un imitador y una copia de Jesucristo—, es el hombre verdadero. Es el hombre que se realiza plena y deliberadamente a sí mismo; y todo ello inspirándose en el modelo de infinita perfección y de insuperable humanidad, Cristo”*

Ser igual que Cristo, es la suma de la perfección.

Llegar a ser como Cristo, es la realización más alta.

Ser una reproducción de Jesús, es el ideal supremo por el que se puede suspirar en la vida, ya que hace de Cristo y nosotros casi un solo ser, como explicaba el mismo Papa Pablo VI: *“Entre nosotros y Cristo existe un parentesco. Más aun, casi una identidad. Somos “otro Cristo”. ¿No brota entonces de esta coincidencia mística la obligación de una coincidencia moral es decir, de una imitación de Cristo?”...*

Cuando se llega a este punto en la vida cristiana: ser como Cristo en el trabajo, en la oración, en la vida de familia, en el trato con los demás... se reproduce en la propia vida al Cristo genuino, y no a un Cristo Jesús tristemente deformado, como le ocurrió a un escultor romano. Le enseña a un amigo el Cristo que había tallado para una iglesia monacal, y el amigo le responde sin tapujos: *-Oye, tú has puesto en la cruz a un aldeano, no el cuerpo de Cristo, no al Hijo de Dios y al Hijo de María (Felipe Brunelleschi a Donatello)*

La reproducción de Cristo en nuestra vida tiene sus leyes. Así como nosotros no aceptamos esculturas grotescas de Jesucristo, así Dios Padre no acepta reproducciones cristianas que no se ajusten al Modelo trazado por Él mismo. Un santo moderno dio la pauta acertada: *“Si quieres saber cómo vas en perfección, mira bien a Jesucristo, y después compara”* (Beato Pedro Poveda)

Realización personal y perfección moral van estrechamente unidas. ¿Hay alguien más realizado y más perfecto que quien ha reproducido, rasgo por rasgo, a Jesús de Nazaret?...